

EMILIO ORIBE

LA INTELIGENCIA y LA FUENTE

P O E M A

I

INTRODUCCION

Un provisorio sofisma poético,
nada más podría conjeturar este canto.

Pero es en verdad algo muy real y muy trágico,
que ocurre bajo mis ojos aunque yo no lo quiera,
al pie de una pública fuente
sostenida por tres esfinges de bronce.
Las esfinges tienen mucho de mujeres y pájaros monstruosos,
según la hora del día o de la noche,
y la fuente hállase en el centro
de un jardín de nunca y de siempre,
en donde sin cesar espero
a la que ha de venir y no viene.

Allí hago nacer miles de rosales
que florecen sin razón y sin término,
para la tiniebla,
para la lluvia,
para la Nada.

La inteligencia, la fuente y el canto,
exigen grandes impedimentos para subsistir.
Entre éstos, ámbito, acción y tiempo, serán otras tantas esfinges.

De todo lo privado de pensamiento que existe,
no hay mejor símil del acto de pensar del hombre
que esta fuente.

II

LA CLARIDAD DE LAS FORMAS

La fuente
levanta sus líneas siempre mojadas,
coronándose en la cima con una cóncava taza redonda,
sostenida por tres esfinges de bronce,
hincadas de rodillas,
y sobre ellas cúmplase un vertical dispendio de aguas.

Estas caen en un estanque de flores acuáticas,
que en la tierra agranda
un círculo perfecto.

Veo el fluir de una inteligencia que se busca a sí misma en las formas,
y en el orbe objetiva los modelos de las cosas,
por el instrumento del brumoso canto de las tres esfinges.
El ayer, el hoy y el mañana, sustentan
esos transportes de belleza que buscan fundamento en lo agónico del
[tiempo.

III

LA DIMENSION RENOVABLE

En lo más alto adviene algo que desborda
como una Idea.

¡Oh comienzo absoluto! ¡Oh flecha líquida!
¡Oh discurrir lluvioso!

Se precipita a lo largo de los púdicos cuerpos
de las tres esfinges.

Veo tres desnudas doncellas con pechos de bronce.
Hincadas y dispuestas en triángulo,
como en la estricta pausa de una danza difícil,
mantienen cada una su antorcha de agua.
La inteligencia del orbe se confronta en las tres esfinges.
Las bien trenzadas serpientes de sus cuerpos
tejen y deshilan el embozo del orden, la simetría y el límite.
Las esfinges renuévanse en todas las instancias,
y sólo así en ellas el aniquilarse es un cántico sin pérdida.

De todo lo privado de la humana belleza que existe,
nada denuncia mejor el enigma poético del hombre
que esta fuente.

IV

LAS FORMAS PURAS

En la base terrestre
un gran círculo pensante de sólidas luces,
fija el rompimiento del agua en un espejo.
Las tres esfinges beben en él su propio misterio,
beben sin saciarse el pensamiento que las contornea,
beben la luz de mis ojos en el parangón de las estrellas,
y nunca se habían de conexionar el éxtasis recíproco
con la liviandad del avaro espejo
que a sus pies yace.

El espejo nunca crece ni desborda
y al lucir en su transparencia el arquetipo de las cosas,
consérvase como un pensamiento idéntico a sí mismo.

En él la inteligencia no es más tiniebla
que en sí misma se aclara,
y será belleza por fin al escindir su fuga
hacia el inmóvil pudor de una forma concreta.
A su vez, toda forma se distiende en una esfinge,
que en el espejo colúmbrase con intacta alegría.

V

EL ENIGMA ES TESTIMONIO

La Identidad,
la Variación
y la Apariencia,
con miles de ráfagas lloverán sobre mis párpados,
con miles de hilos de agua pesarán sobre mis hombros,
pero no alterarán
esta profunda, impasible, mirada mía.

Yo soy esa fuente de las tres esfinges de bronce,
por cuyos contornos
adviene sin cesar la líquida tiniebla,
aporta sin cansancio su eslabón el instante,
se escurre sin pausa la fluencia de un tiempo,
hacia un estanque sin fondo,
que es la lúcida conciencia mía.

Allí, en abismos circulares,
la belleza del orbe en explicar insiste,
su conversión consciente.
En el espejo del pensar halla su elucidario,
su evidencia y su máscara.
Pero su enigma asombra más como testimonio de lo eterno.

VI

UNIVERSO CERRADO

Pensar, existir, soñar,
son castigos impuestos
por las tres esfinges del azar y el destino
a esta materia lluviosa que me sustituye,
mientras geometrizan en mis abismos las furias
un universo o ídolo informe de belleza,
sólo con lontananzas.

Aunque tal vez les fuera suficiente
crear nada más que una gran idea fija;
fatalizar tanta imagen órfica hacia lo eterno,
sobre el fluir y la primacía de las apariencias,
con la cruel constancia del número.

Pero como están condenadas a contemplar
sólo las imágenes del espejo,
las tres esfinges no comprenderán nunca
que ellas mismas construyen sin término,
el universo que allí las circunda y encanta.

De lo privado de Vida que existe,
nada más análogo a la carnal metafísica del hombre
que esta fuente.

VII

LA CONTINUIDAD

Existir, soñar, pensar.
¿Podré yo olvidar tales absurdos tormentos
la noche en que la total belleza creada que espero,
fluya sobre los hilos de las tenaces aguas
que caen de las tres esfinges de bronce?

¿Y éstas se habrán de borrar entre tinieblas
fugando para siempre al fin del espectáculo,
como danzarinas muy viejas y sabias,
dispuestas en triángulo,
que se marchan por el fondo de un escenario?

Por ahora, en la fuente cae agua como una luz líquida,
hacia lo inmóvil del estanque.
La continuidad del ser desciende en apariencias múltiples
que me encantan con su lúcida belleza.
De esfinge en esfinge se trasmite un profundo juego
que busca su forma en la continuidad de un ritmo,
hasta lograr al fin la permanencia en la forma pura.
Entonces se hace patente la continuidad en lo eterno.

VIII

LA FUENTE Y EL HOMBRE

Ah, pero siempre
 el agua eterna que de lo alto llueve,
ha de pulir la vanidad fulgúrea de las tres esfinges,
sus rizos y sus senos mezclados con musgos,
sus dedos y alas como garfios,
y el triángulo que cierran entre ellas
sobre el círculo
 de aguas abstractas que contemplan debajo.

Jamás sus ojos han de hastiarse
de contemplar, a través de los míos, el morir de las cosas.
Jamás sus brazos dejarán de sustentar,
 a través de mis brazos,
los orbes de ideas o de hojas inertes.
Jamás sus oídos dejarán de escuchar,
 a través de los míos,
con la misma indiferencia,
la sonora costumbre del cielo nocturno.

Y el reír y el llorar de los ciegos amantes anónimos,
que eludiendo la tiniebla,
 la lluvia
 y el olvido,
se abrazan al pie de los árboles.

Porque el pensamiento se anuncia en la indiferencia
de una tiniebla. Fluye desde algún tiempo
 sobre las esfinges,
para quietarse, por último, en el cumplimiento del canto.

IX

LA FUENTE INTELIGENTE

Si aún creéis que todo esto
es sólo un provisorio sofisma poético,
y dudáis de que yo sea la fuente
de las tres esfinges de bronce,
con mi pensamiento de hombre que soporta el agobio corpóreo,
admitid que yo soy por lo menos
 al mismo tiempo que aquélla,
una Identidad,
que es el fundamento de mi pensante tiniebla,
una Variación,
que es lo que me obliga al oprobio de un cuerpo,
y una Apariencia,
 que fluye y se extingue,
 y todo lo embellece,
mientras con lámparas que llueven modélanse
en mi rostro,
 los ídolos monstruosos del tiempo.

La inteligencia del hombre
su perfección culmina en la idea última
de una obra cumbre.

 En este círculo que miro se desnuda,
como una belleza que no morir pretende.
He aquí el temario del monólogo sin fin de las tres esfinges.

X

LA JOYA OBJETIVA

¿Se ha desprendido de mí, totalmente,
esta fuente que admiro,
con el fin de halagar a la que ha de venir y no viene?

¿Con el fin de entregarle
una ofrenda infinita en el tiempo,
que podría ser la fluencia inmortal de mí mismo,
esta fuente de las tres esfinges de bronce,
se ha desprendido de mí, para siempre?

¿Sabiedo
que la que ha de venir para mí nunca viene,
esta fuente
 se ha resignado a ser un objeto más en el orbe,
como un pensamiento hecho externa forma,
con la fatuidad de ser libre de todo lo humano,
o como una mendicante plegaria de agua y de piedra?

¿Y después que yo muera,
seguirá esperando en mi sitio?
¿En la costumbre de un ídolo neutral de belleza,
con impávida pupila,
se dedicará a mirar, impasible,
cómo sufren y gozan y mueren
los rosales amantes y anónimos que al pie de los árboles,
se ofrendan sin razón y sin término,
para la lluvia,
para la tiniebla,
para la Nada?

XI

EPILOGO

En el centro de todo,
la fuente, con la indiferente belleza
que de su ejemplo fluye como una idea
sobre tres esfinges,
inscribe de este hombre un posible canto o pensamiento.

Si su fin es emanciparme de la fatiga de la tierra,
este canto
no viene pues a conjeturar
un previsible sofisma poético.
Lo que en él se registra
se convierte en verdad, en algo bien real y muy trágico.
Ocurre bajo mis ojos aunque yo no lo quiera
en un jardín de nunca y de siempre,
alrededor de una pública fuente,
sostenida por tres esfinges de bronce.

La inteligencia pura que emana en la cima
proyecta su leve mancha sobre el líquido universo,
y esta última dibuja siempre el contorno sombrío de las tres esfinges.

En la materia privada de lo divino que existe,
no hay mejor perifrasis del enigma de lo divino en el hombre
que esta fuente.

Fuente del Prado

1954